

SEÑAL MEMORIA

1 de julio de 1963

Presidente de la República

Guillermo León Valencia

El Ejército de Colombia.

Este 1º. de junio es un día grande para la república, porque es el día del Ejército Nacional. Fue en un día como hoy, en 1907, cuando se fundó la Escuela Militar de Colombia, por acierto de un estadista de esclarecida memoria, asesorado eficazmente por el patriotismo y la pericia de un prócer de la nación e iluminado por la virtud, la inteligencia y la sabiduría de un auténtico príncipe de la Iglesia.

Las Fuerzas Armadas de Colombia, desde la época gloriosa y ya remota de la independencia, a través del siglo y medio de vida de la república y durante los últimos lustros de nuestra agitada etapa contemporánea, han sido siempre los más celosos guardianes del honor nacional, la garantía para el ejercicio de los derechos humanos y la protección del orden, de la justicia y de la libertad.

Al contrario de lo que ha ocurrido en otros países del hemisferio, el ejército en Colombia sólo ha ejercido esporádicamente el poder político, íntimamente convencido de que su respeto a la Constitución y a las leyes, su devoción a las instituciones democráticas y su lealtad al gobierno legítimamente constituido, le otorgan ante la faz de la nación un poder moral incontestable infinitamente más eficaz y fuerte que el propio poder político. Razón por la cual en los transitorios y fugaces momentos de desvío han sido las propias fuerzas armadas las que han reencontrado el camino de su insigne tradición histórica.

Hacer el elogio del ejército de Colombia sería tarea fácil y gratísima porque bastaría recordar los perfiles más salientes de la campaña emancipadora, que fulguraran como estrellas de primera magnitud en el horizonte de la patria, con los nombres inmortales de Bárbula, San Mateo, las Queseras del Medio, Carabobo, el Pantano de Vargas, Boyacá, Bombona, Rehincha, Junín, Ayacucho.

Nombres que en la geografía física de América están marcados con signos perdurables y en el mapa

espiritual y moral del hemisferio son los hitos que señalan la ruta de los héroes en el ámbito inconmensurable de la libertad.

Es inútil evocar estos recuerdos ante un pueblo que conoce a fondo su historia y que mantiene encendida la llama votiva de la gratitud a sus libertadores, a sus héroes y a sus servidores auténticos, en sus propios corazones. Porque quizá muy pocos países de la tierra como en Colombia los niños nacen a la vida del espíritu con un conocimiento más profundo y auténtico de las glorias de la patria, entre las que los nombres de los próceres le son tan familiares como los de sus propios progenitores: Bolívar, Santander, Nariño, Torres, Caldas, Sucre, son nombres que ennoblecen el vocabulario de nuestras gentes, desde los más ilustres abolen-gos del país hasta los más humildes hogares colombianos, donde el concepto histórico de nuestro devenir de pueblo libre puede ser hasta confuso, pero donde el sentimiento de gratitud emocionada y de amor fervoroso a los creadores de la nacionalidad resplandece con fulgores perdurables entre las humildes chozas, como destellos de diamante entre los oscuros bloques de la carbonera. Sentimientos tan hondos y auténticos que constituyen el cimiento incommovible sobre el cual se asienta firmísima nuestra nacionalidad y se levanta orgulloso nuestro patriotismo.

Campañas Apátridas

Feliz realidad la de este país donde la devoción a las glorias de la patria no es solamente el proceso frío del conocimiento histórico, sino ante todo la ardorosa emoción cordial del pueblo agradecido. Y esta realidad es tan auténtica, tan propia de la psicología de la estirpe, que estarán siempre entre nosotros condenadas al fracaso todas las campañas apátridas que se intenten contra los valores perdurables de nuestra nacionalidad.

Equivocados andan quienes pretendan extirpar del corazón del pueblo a Bolívar, a Santander, a Córdoba,

para sustituirlos por enigmáticas siluetas esclavas, cargadas de misterio y de peligro, que nada significan para nuestras gentes; o aspiren a implantar en nuestro suelo la lamentable experiencia barbuda que solo incertidumbre, desolación y muerte ha sembrado en la isla de la alegría, ante la sorpresa primero y luego ante la repugnancia del continente, que ha asistido, atónito, al más triste experimento de tergiversación política que ofreció en su hora la libertad sólo para poder implantar con el engaño la más abominable tiranía. Experiencia que debe servir de ejemplo trágico a los pueblos libres de América que no quieren ver ahogados en sangre inocente, al menos temporalmente, los valores perdurables de la civilización cristiana.

Porque hay que tener el valor de afrontar la lucha en sus términos exactos: la democracia, cuya fuerza esencial es incontrastable por la excelencia de los principios filosóficos, humanos y políticos sobre los cuales se asienta el sistema, tiene sin embargo una debilidad intrínseca: que juega limpio frente a la tiranía, que siempre juega falazmente. Porque la libertad de expresión, por ejemplo, que es canon esencial de la democracia, es el camino que transitan sus enemigos, ofreciendo conservarla para lograr penetrar en la fortaleza y después derribarla, arrasarla y destruirla de manera implacable; ellos son los amigos del orden, para establecerlo dentro del trágico silencio del patíbulo; son los apóstoles de la justicia para después de su triunfo escarnecerla en homenaje a su arbitrariedad sectaria; son los cortejadores de la libertad para forzarla y violarla sádica y cínicamente en el primer festín con que celebren su victoria.

Que lo sepa bien el pueblo de Colombia: el peligro que corre es gravísimo y pudiera llegar a ser irreparable, no sólo porque el enemigo es experto en la lucha e implacable en el éxito, sino principalmente porque habla durante la batalla el mismo lenguaje de los colombianos, reacciona aparentemente en la misma dirección en que reacciona el país, expresa falazmente sus mismos sentimientos y solo después de que haya triunfado le será posible al incauto conocer la autenticidad de esos propósitos nefandos y el abismo de esas ambiciones inconfesables. Hora tardía para lograr encadenar a la fiera que ya se pasearía invencible sobre los campos desolados de la nación.

La locura de la violencia

Mas no temáis, colombianos que estos peligros próximos puedan llegar a convertirse en amargas realidades, si todos estáis dispuestos a cumplir con vuestro deber. La locura sería insistir en batirse a muerte los hermanos por el color de la pintura de la casa cuando está principia a desplomarse ante los embates del huracán. Para fortuna de Colombia, las fuerzas armadas de la república están férreamente al pie de la bandera

de la patria, bajo la dirección de sus propias jerarquías militares, leales a la nación y al pueblo. Esta es garantía insuperable de seguridad nacional.

El país tiene que entender que en esta hora difícil le debe una especial solidaridad a las fuerzas armadas. No se trata sólo de pagar impuestos para financiar las campañas de orden público, ni de expresar simpatía y adhesión a las fuerzas militares por sus meritísimos esfuerzos en busca de la paz; se impone colaborarles en más intenso grado para asegurar la eficacia de sus acciones redentoras. Hay que sentir como propias las desgracias que afligen a las fuerzas militares en esta odisea de la pacificación nacional. Las gentes se impresionan, y con razón, cuando caen inocentes campesinos acribillados por balas asesinas en una orgía de sangre que jamás podrá tener justificación, pero ni siquiera explicación mínima. Pues nada es más oscuro, turbio, siniestro, que las motivaciones de la violencia en nuestro país.

Gentes inocentes, trabajadoras, honorables, útiles a la sociedad, caen diariamente sin causa ni razón en homenaje a una deidad misteriosa e insaciable que no respeta ni la invalidez de los ancianos, ni la indefensión de las mujeres, ni la inocencia de los niños. Cuesta pensar cómo es posible incendiar una humilde choza habitada por seres indefensos a los que se viola, se asesina, se mutila, sin que haya qué robarles nada distinto de su honor y de sus vidas, pues después de muchos años de trabajo infatigable, dentro de sus miserables condiciones de existencia, sólo han podido economizar amarguras para su familia y virtudes para su patria.

Pero ésta es la triste realidad que nos agobia. Y parece que el país ya principia a habituarse a semejante desastre. No, no puede ser posible que el pueblo de Colombia sea indolente a la suerte de sus hermanos en desgracia. Y no podemos resignarnos indiferentes a ver caer oficiales y soldados en el cumplimiento de sus sagrados deberes como si fuera cosa normal en nuestra vida, a pesar de que ellos caigan batiéndose heroicamente contra las fuerzas del mal, llevando en su corazón los más puros sentimientos de amor a la patria y recogiendo entre sus ojos, como último acto vital de su existencia, un girón del cielo puro que ya veían flotar en su bandera antes de fecundar con su sangre el suelo de la libertad: Colombia.

Se impone cerrar filas alrededor del gobierno para extirpar la violencia de los campos de la patria. Bien puede ser que haya colombianos que no simpaticen con el gobierno e inclusive que sean sus adversarios y hasta sus enemigos. Ellos deben pensar que todo gobierno es transitorio, pero los intereses del país son perdurables. Los hombres de este gobierno no aspiramos a capitalizar personalmente los posibles éxitos de

la administración, sino sólo a servir al país con honestidad, con eficacia, con lealtad y con el concurso de la inmensa mayoría de los ciudadanos de buena voluntad a quienes cabrá en definitiva la gloria de haber salvado a la nación, si no se niegan a servirla en esta hora crucial de su existencia. En cuanto al Gobierno respecta, no tendremos ni una vacilación, ni una veleidad, ni el más mínimo temor para asumir y cumplir la plenitud de nuestros deberes.

Querernos gobernar en paz, como lo necesita el país y como corresponde a nuestros ideales republicanos y democráticos. Pero si los enemigos de la nación, que obedecen consignas internacionales, secundados por grupos extremistas internos que se mueven al impulso del resentimiento, del odio y de la venganza, insisten en perturbar la tranquilidad pública con proyec-

tos descabellados de golpes de fuerza o de atentados terroristas, sepan ellos que el gobierno será inflexible en el cumplimiento de su juramento de defender y sostener la constitución y las leyes y las instituciones democráticas de la república.

Para lograrlo cuenta con la adhesión y la lealtad de las fuerzas armadas, cuyo día celebra hoy la nación con los más vivos sentimientos de admiración, de gratitud y de afecto. Basta pasar revista a estos cuadros de impecable formación disciplinaria para saber que el ejército de Colombia no será en ningún momento inferior a su egregia tradición histórica; basta observar a sus comandantes y oficiales para estar seguros de que la herencia inmortal de Bolívar y demás libertadores se mantiene intacta y aún pudiera llegar a ser acrecentada si así lo demanda la seguridad de Colombia.

